

8.- MAYO: CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

PREGUNTAS: ¿Qué crees que puedes hacer para que el Espíritu Santo no sea el “gran desconocido”? ¿Qué relación tienes con Él? ¿Te encomiendas a Él, lo pides, lo deseas? ¿Qué es lo que te llama más la atención de la relación de Cristo con el Espíritu? ¿Qué es lo que más tienes que imitar de dicha relación? ¿Cómo concibes tu vida en el Espíritu? ¿Cómo podrías vincular aún más tu vida espiritual a tu vida? ¿Crees que disciernes espiritualmente mejor que antes? ¿Cómo lo haces?

TEXTOS: Ez 36,23-28; Jn 7,37-39; Jn 14,15-18; Jn 16,12-15; Rm 8,4-11; Rm 12,1-13; CIC 683-747; Encíclica *Dominum et vivicantem*, de Juan Pablo II.

«En cuanto a los planes salvíficos para el hombre, los que hizo nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo conforme a la bondad de Dios, ¿quién negará que se han sentido mediante la gracia del Espíritu Santo? Ya consideréis lo antiguo, las bendiciones de los patriarcas, la ayuda otorgada por la ley, las figuras, las profecías, los milagros de los hombres justos, ya miréis lo dispuesto en orden a la venida del Señor en la carne, todo por medio del Espíritu» (SAN BASILIO EL GRANDE, *Tratado sobre el Espíritu Santo*).

«Hoy, cercana ya de la fiesta de Pentecostés, deseo hablar del Espíritu Santo que guía a la Iglesia, y a cada uno de nosotros, a la Verdad plena. En nuestros días, marcados por el relativismo, es necesario preguntarnos como Pilato: “¿Qué es ‘la’ Verdad?”. La Verdad con mayúsculas no es una idea que nosotros nos hacemos o consensuamos, sino una persona con la que nos encontramos. Cristo es la Verdad, que se ha hecho carne. Y el Espíritu Santo hace posible que lo reconozcamos y lo confesemos como Señor. El Espíritu Santo nos recuerda las palabras de Jesús y las imprime en nuestros corazones. Él es la ley inscrita en nuestro interior, donde tomamos las decisiones. El Espíritu Santo, además, nos lleva a la inteligencia de la Verdad completa. Él es quien suscita el sentido de la fe en los creyentes creando una comunión, cada vez más profunda, con Cristo. Mediante el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo hacen morada en nosotros. En este Año de la fe, invoquemos especialmente la asistencia del Espíritu Santo, para que nos guíe y nos sostenga en el camino del discipulado» (FRANCISCO, *Audiencia General del 15 de Mayo de 2013*).

«Ven, Espíritu Divino manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndido; luz que penetra las almas; fuente del mayor consuelo. Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos. Entra hasta el fondo del alma, divina luz y enriquécenos. Mira el vacío del hombre, si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado, cuando no envías tu aliento. Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero. Reparte tus siete dones, según la fe de tus siervos; por tu bondad y tu gracia, dale al esfuerzo su mérito; salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno. Amén» (*Ven Espíritu Divino*).

«Consumada, pues, la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, para que santificara a la Iglesia, y de esta forma los que creen en Cristo pudieran acercarse al Padre en un mismo Espíritu. Él es el Espíritu de la vida, o la fuente del agua que salta hasta la vida eterna, por quien vivifica el Padre a todos los hombres muertos por el pecado hasta que resucite en Cristo sus cuerpos mortales. El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo, y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos. Con diversos dones jerárquicos y carismáticos dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia, a la que guía hacia toda verdad y unifica en comunión y ministerio. Hace rejuvenecer a la Iglesia por la virtud del Evangelio, la renueva constantemente y la conduce a la unión perfecta con su Esposo. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: “¡Ven!” Así se manifiesta toda la Iglesia como “una muchedumbre” reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Lumen Gentium* 4).

«Aquellos que tienen el Espíritu de Dios son conducidos al Verbo para hacer en ellos mismo que hizo en el Verbo, es decir, en el Hijo; pero el Hijo los presenta al Padre y el Padre les concede la incorruptibilidad. Por tanto, sin el Espíritu no es posible contemplar al Hijo de Dios y sin el Hijo ninguno puede acercarse al Padre, porque el conocimiento del Padre es el Hijo y el conocimiento del Hijo de Dios sucede por medio del Espíritu Santo... Es propio del Espíritu gobernar al hombre, santificar y animar la creación. El Espíritu tiene poder sobre la vida, porque, siendo Dios, lleva a la creación a su plenitud» (SAN IRENEO, *Demonstratio* 7-11).